

Presencias y ausencias de la televisión en la academia*

The presence and absence of television in academia

LIBIA CAROLINA PINZÓN CAMARGO**
caropinzo46@yahoo.com

Recepción: 23 de agosto de 2010
Aprobación: 30 de septiembre de 2010

-
- * Este artículo se concibe como una reflexión a partir de la experiencia al interior del aula de clase, en las cátedras de Redacción Básica y Redacción Periodística, además del continuo debate frente al tema con colegas docentes. Se adscribe a la línea de Pedagogía del Lenguaje, de la Maestría en Lingüística, UPTC.
- ** Comunicadora Social y Periodista, Magíster en Lingüística Hispánica, docente de medio tiempo de la Universidad de Boyacá en Tunja, en las líneas académicas de Producción y Composición de Texto Escrito y Semiótica. Autora del libro: El estado del arte de la textolingüística en Colombia, publicado en 2007.

Abstract

In the present times, the presence of audiovisual media is undeniable in student literacy processes of any level. It may not be the only one, but television is surely the most popular medium and possibly the one with the most detrimental consequences to the academic habits of students of different generations. It has been recognized that the problem is not the device itself, but rather, its contents; for this matter, it is reasonable to think of television as a literacy tool. The challenge is that of designing a pedagogy of media literacy, a pact between the written text and the screen, in order to create a critical television audience.

Key words: Television watchers, abstract thinking, concrete thinking, critical attitude, media literacy

Resumen

En la era actual es innegable la presencia de los medios audiovisuales en los procesos de alfabetización de estudiantes en cualquier nivel, la televisión, si bien no es el único, sí es el artefacto de mayor preferencia y el que de cierto modo ha dejado secuelas negativas en los hábitos académicos de los estudiantes en diferentes generaciones. Se ha reconocido que el problema no es la herramienta sino sus contenidos, por lo tanto, se puede pensar en la televisión como un instrumento para alfabetizar. El reto está en hacer una pedagogía de la imagen, una alianza entre el impreso y la pantalla, para crear teleaudiencias críticas.

Palabras clave: televidentes, pensamiento abstracto, pensamiento concreto, actitud crítica, lecturabilidad de la imagen.

*“La televisión ha hecho maravillas en mí,
cada vez que alguien la enciende,
voy a mi cuarto a leer un buen libro”.*

G. Marx.

Las circunstancias que motivaron este artículo están ligadas a la continua preocupación de padres, docentes y profesionales de la pedagogía, quienes encuentran en la televisión, la responsable del cambio en los hábitos académicos de los jóvenes, quizá la actitud más preocupante: el abandono y desmotivación hacia la lectura, capaz de dejar secuelas de por vida. No se estudiaron otras herramientas multimediáticas porque aunque en estos tiempos parezcan de fácil acceso para todos, no lo son. Mientras que la televisión es más antigua, de conocimiento y uso más popular.

Entre las consecuencias que deja el consumo de televisión, se encuentra la configuración del pensamiento concreto, en contraposición al pensamiento abstracto, y por ende todas las dificultades evidenciadas al momento de desarrollar procesos analíticos de orden propositivo. La exposición se vale estructuralmente de algunas experiencias que, a manera de ejemplos, recrean el tema en estudio.

Se presentan estudios hechos en Colombia y en escenarios internacionales, donde el panorama no es muy distinto al nuestro, información que se logró recolectar a través de la revisión bibliográfica, por medio de testimonios de profesionales en áreas educacionales y por estudiantes que coinciden en manifestar su marcada inclinación hacia los medios audiovisuales, pero a la vez, los tropiezos con los que se encuentran en su vida académica. Es pertinente aclarar que una buena parte del escrito se desarrolla a partir de señalar las bondades y beneficios de la lectura. No es interés del autor satanizar la televisión y al cierre del texto se presentan algunas estrategias que, empleadas en diferentes escenarios pueden despertar el gusto por la lectura como otra alternativa de distracción y propósito común entre la familia y la academia.

1. De las experiencias exitosas

Colombia X, un libro escrito a manera de reportaje por Germán Castro Caicedo, presenta historias de jóvenes entre los 18 y 25 años, de la llamada generación del nuevo milenio.

Allí, uno de los personajes es el director de una reconocida revista, Daniel habla de su experiencia con los libros en su familia y específicamente, al lado de su padre. Él le había enseñado a leer a los tres años y no le permitió asistir a una institución educativa sino hasta cumplidos los siete años. La atípica situación en el proceso escolar de un ser humano, llama particularmente la atención. Incluso al leer en forma desprevénida el reportaje, puede parecer inverosímil, pero la historia se ha ratificado por el mismo Daniel Samper Ospina, en algunas entrevistas que ha concedido a los medios.

No se trata de un ser especial. Lo que lo hace particular son sus triunfos académicos y personales con los cuales, cuenta, han sido suficientes para llevar con éxito la dirección de la revista. Como lo manifestó, su mayor tesoro fue tener un padre que le leyera casi desde el mismo día de su nacimiento. Ahí radica la diferencia.

En las numerosas historias que conforman el reconocido Manual de Lectura en Voz Alta, Jim Trelease (2008) argumenta los alcances de la lectura con esta situación:

Luego de ser el orgullo de los colegios de educación media en Boston durante la década de los cuarenta y cincuenta, la escuela Lewenberg sufrió los estragos de la decadencia urbana; hacia 1948 alcanzó los niveles académicos más bajos, los profesores de la ciudad se referían la Lewenberg como “el asilo de locos”.

La escuela estuvo a punto de ser cerrada. En los primeros años se estableció la lectura silenciosa, sostenida durante los últimos diez minutos de jornada, tanto para alumnos como para profesores. Al cabo de un año, la escuela era apacible y, con mayor frecuencia, los estudiantes continuaban leyendo los libros en el restaurante o en el transporte. Los diez minutos de lectura silenciosa, no solo eran al final de la jornada, después también fueron al comienzo. Tres años más tarde, los 570 estudiantes de Lewenberg tenían los puntajes más altos en lectura en Boston, había una lista de quince páginas con los nombres de niños y jóvenes que esperaban ser admitidos y O'Neill fue presentado en la revista Time, como una alternativa a la fuerza física. (Trelease, 2008, pp. 60 - 61).

Cada vez es más alto el porcentaje de niños expuestos desde sus primeros días a la televisión, antes que a cualquier otro medio. Casi de manera inadvertida, los seres humanos nos convertimos en televidentes por herencia o por costumbre. Para desgracia de algunas generaciones, hemos sido el producto de hogares donde prima este medio y es tangible la ausencia de lectura, pues no se manifiesta el más mínimo placer hacia ella, como sí ocurre con la televisión.

Analizar el complejo mundo cultural en el que nos desarrollamos y que nos lleva a estar cada vez más lejos de la lectura, es solo una parte del problema. No es únicamente desde los ámbitos académicos universitarios, sino desde cualquier escenario donde se evidencia las dificultades que produce no tener un hábito lector incorporado a las tareas diarias.

Cuánto se desea demostrar a los jóvenes los placeres de los que se han cohibido al ver la lectura como algo inferior y secundario, se han privado de inexplicables sensaciones para otorgarle supremacía y superioridad a la televisión. El camino para empezar a imaginar está en los libros, la verdadera dicha creativa y propositiva que puede poseer un individuo solo se experimenta cuando ha empleado más el pensamiento abstracto que el concreto y eso se logra a partir de la lectura.

2. Crítica al medio

Podrá decirse que hablar, en este tiempo, de los efectos que causa la televisión resulta reiterativo y poco novedoso, si se considera que muchos analistas, psicólogos, sociólogos y hasta editorialistas han tratado el tema con prolijidad y suficiente argumentación. Pero siempre resultará pertinente recordar los efectos causados por este fenómeno, y en especial, para el caso de Latinoamérica los efectos de su programación. Así, resulta oportuno recordar uno de los editoriales del periódico El Tiempo.

El hombre pierde momento a momento su entusiasmo por la lectura. Y no leer es imbecilizarse. De ayer —cuando los jóvenes comenzaban a conocer el mundo a temprana edad, gracias a Julio Verne, para continuar la escalada intelectual y llegar, de acuerdo con su edad, a temas de mayor profundidad— a hoy, existe un abismo. Las familias se sumergen en un sopor estúpido frente a la televisión para permanecer hipnotizadas escuchando una sarta de frases pueriles, originadas en telenovelas o películas de violencia, alejándose cada día más del libro. (Santos, 1978, p. 22).

Pareciera que la televisión ofrece siempre espectáculos huecos para sus espectadores. Este medio y su público no se caracterizan por una filosofía o sistema de creencias, solo por su posición escópica (la televisión es el objeto al que el público atiende). En lugar de apoyar una ideología, tiende a vaciar los sistemas de valores y reduce todo al espectáculo.

Anualmente, la Fundación Henry J. Kaiser edita un informe sobre el uso de los medios de comunicación en Estados Unidos. Un joven promedio ve 1.200 horas de televisión por año en este país, mientras que “en Latinoamérica, un joven entre los 16 y los 18 años ve un

porcentaje de 8 horas por día, lo cual arroja un total de 2920 horas al año”. (Anderson y Collins, 2008, p. 56).

Los datos estadísticos pueden sorprender, pero lo realmente inquietante es pensar en todo lo que un joven deja de hacer durante esta cantidad de tiempo, como también las secuelas que marcarán sus hábitos académicos y estudiantiles. La más significativa: la desmotivación hacia la lectura. La revisión sobre las diferencias entre el leer y ver televisión pueden ampliar el panorama ante las dificultades que se presentan cuando este último acto deja de ser ocasional y se torna un hábito.

La televisión, al dividir sus programas en segmentos de ocho minutos o menos requiere y fomenta una capacidad de atención más corta. La lectura promueve y requiere una capacidad de atención más larga. El uso del control remoto solo agrava el problema de la capacidad de atención.

El lector participa y recibe más información cuando se involucra en una discusión durante y después de la historia, requiere interlocutores, el televidente experimenta una práctica más asocial. El estudiante capta los contenidos que se explican si emplea la herramienta más eficaz para el aprendizaje, las preguntas, un educando que pasa en promedio veinte horas a la semana frente al televisor está privado de hacer preguntas y tampoco recibe respuestas. Se ha descrito a la televisión como el gran imposibilitador de la conversación, lo que ocasiona entre diversos efectos: un desarrollo mínimo de la expresión verbal, abundancia de frases simples, negar la posibilidad de ampliar el vocabulario, presencia de problemas de sintaxis, construcciones verbales inadecuadas y hasta problemas de pronunciación.

La televisión promueve el facilismo y consumismo para salir de los problemas, no hay ningún inconveniente que se le presente al individuo que no pueda ser solucionado con la compra o adquisición de algún objeto. “Los textos aunque no presentan soluciones inmediatas, plantean situaciones problemáticas y conflictivas que en ocasiones son solucionadas y otras veces no, pero en algunas circunstancias el lector puede imaginar y hasta proponer cómo salir del problema en cuestión”. (Trelease, 2008, p. 204).

Si resulta complejo para un estudiante comprometerse a leer media hora al día, tiene doble grado de complejidad producir un texto escrito. Escribir, más que una necesidad es un requerimiento, el problema de enfrentarse a la hoja en blanco de la cual hablan muchos gramáticos y literatos, nunca dejará de ser un inconveniente para los estudiantes cuyos

hábitos audiovisuales ocupan un alto porcentaje de horas en su vida, mientras que para un lector, el proceso de la escritura y la composición, sin dejar de ser lioso, resulta ser más operable.

La televisión ofrece un efecto liberador porque el espectador la mayoría de veces pierde contacto con su realidad inmediata. Lo transporta a lugares y situaciones ajenos a su contexto, lo aparta de su cotidianidad, ahí puede estar la respuesta a la preferencia por ese medio. Pero debe ponerse en igualdad de sensaciones a la escritura, que proporciona una conmoción liberadora, una catarsis. Lo que viene después del bloqueo frente a la hoja en blanco es todo un volcamiento de ideas, una purificación de la mente y del cuerpo. Solo quien experimenta las angustias y placeres de la escritura puede hablar de una emancipación de las ideas.

Se han dedicado numerosas líneas al análisis de los efectos de la televisión. Como se desglosará más adelante, no todos son nocivos, lo que ratifica la preocupación por dicho fenómeno. Pero ¿qué piensan los televidentes frente al tema?, ¿es una preocupación solo de los críticos? No es difícil imaginar el pensamiento de quienes producen, hacen y regulan la televisión. El reto está en descifrar la opinión de quienes la consumen. Antes de desglosar las ideas, conceptos y clasificaciones inherentes al televidente, se presenta un panorama sobre lo que ocurre al interior de la mente y del desarrollo del pensamiento, tanto de televidentes como de quienes se dicen ser lectores.

3. Del pensamiento concreto al abstracto

Entre la lectura y la televisión no hay una concepción primigenia muy distante en sus intenciones. El hombre está compuesto por múltiples fuerzas que necesita exteriorizar o expresar, y a lo largo de la historia se ha conocido que lo hace a través de “relatos” la tradición oral, la danza, la novela, el cine, la televisión, los blogs. . . Esto hace que la lectura y la televisión estén en posiciones muy similares, en cuanto a su propósito como herramienta.

Al definir el acto de leer, frecuentemente se encuentran respuestas como: leer es entender, es comprender lo que otro quiso manifestar; leer es decodificar; en fin, lo cierto es que leer es mucho más que eso. La definición de Althusser se acomoda muy bien para explicar cómo se pasa del pensamiento concreto en la televisión al pensamiento abstracto en la lectura.

Leer consiste en recaer en las presencias y ausencias sentidas en un texto, de lo dicho o no en él o en el recuento de los aciertos y desaciertos, en descubrir lo no descubierto. Es ver lo que no ha sido visto, tratar de pensar lo que no ha sido pensado, recaer en lo no dicho, en sus silencios, hasta preguntar: ¿Cómo es posible esta identidad del no ver en el ver? (Althusser, 1969. p. 32).

Cuando un niño inicia su proceso lector, precisa recurrir a imágenes para facilitar la comprensión de los contenidos. De este modo puede recrear y reconstruir lo que lee o lo que escucha, le comunica a otro lo que decodificó y hace preguntas para consolidar sus juicios. “El inicio y desarrollo del pensamiento abstracto/formal”. (Piaget, 1952, p. 127), actividad que si se vuelve repetitiva se convierte en una habilidad para la vida, y no solo en la escena de lo escolar. Pero cuando un niño salta este proceso y pasa a dedicarle un alto número de horas a la televisión, el tipo de pensamiento que desarrolla es concreto. Frente a la pantalla no necesita imaginar, no es necesario un esfuerzo mínimo por parte de él para que haya una comprensión, no necesita elaborar juicios, el individuo se acostumbra a este facilismo mental, lo que hace que cuando vuelva a encontrarse con la lectura en la media o en la vida universitaria, se sienta desmotivado y frustrado por evidenciar problemas como la incomprensión o la desconcentración, entre muchos.

Leer comprensivamente es entender a qué se refiere el autor con cada una de sus afirmaciones y cuáles son los nexos, las relaciones que unen dichas afirmaciones entre sí. “Como todo texto dice más incluso que lo que el propio autor quiso decir conscientemente, a veces el lector puede descubrir nexos profundos de los que ni siquiera el propio autor se percató”. (Acedo de Bueno, s.f.). Leer es un acto reflexivo. Cada individuo es autónomo en sus interpretaciones, las que dependen de su cosmovisión y de su competencia comunicativa. Cuando más temprano el hombre se acerca a la lectura, más profunda será su interpretación. Además en este proceso el lector es totalmente activo, pues dentro de sus reflexiones es capaz de establecer interrelaciones textuales, lo que algunos lingüistas han denominado polifonía discursiva o intertextualidad. Es establecer conexiones con otras lecturas y autores ya decodificadas para re elaborar juicios.

La conformación del pensamiento abstracto también se da por la interrelación con los otros. Lo que se comenta, se debate, o se analiza frente a lo leído con los interlocutores. Entre tanto, para el caso de la televisión, no se comenta, se cuenta qué pasó en el capítulo anterior, cómo terminó la telenovela de la temporada, quiénes actuaron en esa serie, quién ganó el *reality*..., preguntas que conducen a contar y no a comentar. No hay críticas al respecto, aparece el comportamiento pasivo del televidente.

A la televisión, igual que a otros medios, se le asigna preeminentemente la función social de informar. En el caso de la televisión, la calidad de esa información radica en las posibilidades de objetivar la realidad que tiene la imagen visual: “yo pienso que es mejor la televisión por lo que allí pasan imágenes y noticias concretas, allí están los hechos reales”, dice un joven estudiante universitario (2009). En la concreción de la imagen visual están

los hechos reales: “la imagen televisiva no es representación, edición, encuadre, nivel y plano sino captación. Lo real se liga a lo que se puede ver”. (Barbero, 1962, p. 262).

Mac Luhan, citado por José Padrón (2007), plantea que “los medios audiovisuales retrotraen el orden sinestésico a las pautas de la oralidad, sin estar sometidos a la localización espacial del discurso”. Esto ocurre porque la televisión es repetición. El mensaje es visual y este se integra emocionalmente, la vista no analiza nada, solo recibe órdenes gestálticas completas. Gracias a las nuevas tecnologías asistimos a un cambio sobre la sinestesia sensorial, la modernidad es presidida por la inmediatez y la secuencialidad.

4. El televidente

Es evidente que los adolescentes manifiestan una constante preferencia por las vías instructivas del video y la informática, por la multiplicidad de códigos que se han denominado “los nuevos sistemas de simbolización”. Sin embargo, Sartorisentencia: “el video dependiente tiene menos sentido crítico que quien es un animal simbólico adiestrado” (Sartori, 1998, s.f.). Al perder la capacidad de abstracción, perdemos también la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso. En repetidos momentos el televidente prefiere adoptar una actitud pasiva y poco crítica frente a lo que ve y escucha. Está satisfecho con cuanto le presentan y no se inquieta por cuestionar, solicitar o quejarse. Normalmente, los consumidores de televisión son considerados seres pasivos e inactivos, aunque se han efectuado estudios, que según algunos criterios dan para clasificar a los televidentes. Según el nivel sociocultural, el grado de escolaridad, el tiempo frente a la pantalla y los programas seleccionados. Los televidentes actúan y elaboran discursos que llevan la marca implícita de esas características.

En efecto hay televidentes activos y pasivos. “La única diferencia entre unos y otros, es que los primeros comentan y hablan sobre lo visto, adoptan una postura crítica frente al medio. Los segundos no, ellos adquieren una posición estática y neutral frente a los contenidos que refleja la pantalla” (Eco, 1982, p. 286). De ahí se desprende la necesidad de hacer una pedagogía del medio televisivo que contribuya a formar hombres creativos y que propicie el pensamiento crítico y libre en los espectadores. Ese momento de diálogo y comunicación entre las teleaudiencias puede presentarse de diversas maneras y en diferentes momentos. No es indispensable que se de inmediatamente después de ver el programa, puede ser con intervalos más amplios o durante la emisión –que sería lo recomendable–.

Al haber endiosado la televisión, es prohibido hablar mientras se está enfrente a la pantalla: quien hable, comente o lance alguna pregunta, la mayoría de veces es ignorado o insultado

por interrumpir. En un alto porcentaje de hogares, el acto de ver televisión es solitario y no precisamente porque sea reflexivo –como lo exige la lectura– sino para que el televidente no sea molestado. Este comportamiento se afianza con la condición de las familias que han permitido la existencia de un aparato televisivo por cada habitación.

La sociedad no es uniforme, lo cual hace pensar que la televisión, dentro de los diversos objetivos, debe representar sin homogeneizar a la totalidad o por lo menos a la gran mayoría de grupos integrantes de esa sociedad. Pero si no cuestionamos, refutamos, aplaudimos, criticamos ni comentamos lo que vemos, y más bien se adoptan comportamientos, discursos y estilos de vida, de la misma manera en que es presentado, pasamos a hacer parte de los televidentes pasivos. Y no solo eso, también se pierde la posibilidad de conocer un mundo, un país que debe ser reflejado con toda sus variedades a través la pantalla chica.

Las imágenes persiguen siempre obtener algo de alguien, en relación con una red de circunstancias preestablecidas, por tanto un buen lector de imágenes sabe identificar las intenciones de fondo y reconocer cada contexto, lo que lo lleva a determinar hasta qué punto estas intenciones son compatibles con sus propias necesidades. Veamos cómo podemos aprovechar una herramienta potencialmente eficaz en los procesos de alfabetización de la sociedad.

5. Leer la televisión

*Un ciudadano crítico es también
aquel que sabe “leer” imágenes.*

Si el problema no es la televisión como herramienta, sino lo que vemos, las horas que duramos viéndolo y del modo como lo vemos, resulta alentador pensar en la televisión como una aliada en los procesos de alfabetización de la sociedad a partir de lo que se pueda presentar en sus contenidos.

Se proponen diversas alternativas, desde un espacio cuya especificidad está en la mezcla de géneros: entrevistas, concursos, deportes, crónicas, lectura de poesía, dramatización, teatro, humor, todo lo que encierra nuestra idiosincrasia. En la base de esta propuesta existe el reconocimiento de las virtualidades que, como medio masivo, ofrece la televisión, además la percepción de que la cultura, para hacerse práctica y acción –y no solo

contemplación—, debe transformarse en una cultura que se refleje por el medio más masivo de todos y por un género que sin prohibiciones ni leyes, en términos narrativos o estéticos, sea también entendido por todo el mundo.

Gracias al consumo de esa nueva cultura democrática, al permitir la expresión de diversas hablas sociales, se podrá retornar a la fruición de la literatura y de otras artes y oficios. No será la palabra escrita y su didáctica escolar la que proporcionará el gusto por la literatura, sino que será el medio audiovisual el que podrá demostrar las virtualidades de ese arte escrito, al cual la gente estará en condiciones de volver con una nueva visión, es decir “ya culturizada”. (Cfr. Barbero y Muñoz 1962).

Solicitamos espacios que puedan ver los niños y los adolescentes sin necesidad de rotularlos con el requerimiento o presencia de un adulto, que ellos entiendan sus lenguajes, donde la pantalla refleje sus gustos, satisfacciones o temores, las respuestas que no encuentra en la academia, las puedan encontrar al oprimir el “on” de la caja mágica. Que la matemática, la música, la artesanía (...) tengan un lugar en las parrillas de programación. Requerimos espacios donde se escuchen todas las voces y los acentos, donde las caras reflejen que somos herencia de un proceso de mestizaje, porque la televisión debe potencializar la participación de todos, si bien la hacen y les pertenece a unos pocos, la consumimos todos.

La propuesta tiene en cuenta algunos criterios de lecturabilidad audiovisual para la estimulación y concreción del pensamiento abstracto, de hecho esa alternativa televisiva ya la podemos encontrar en algunos canales extranjeros, pero la falencia es evidente para nuestro país, necesitamos ver “nuestra cultura”. Si se transforman las parrillas de programación, en particular de los canales privados, poco a poco se irá desarrollando esa pedagogía de la imagen que tanto requieren los televidentes actuales. El mundo de hoy debe pensar en reorganizar sus lenguajes y escrituras, porque no se puede negar la presencia constante y cada vez más significativa del audiovisual.

Los críticos de televisión son logocéntricos, le temen y huyen al cambio de códigos lingüísticos, no se le otorga la importancia que requieren estos nuevos lenguajes. Las imágenes también se puede leer, éstas desencadenan procesos complejos y sutiles en la mente de quien la ve. El aporte de los medios audiovisuales a lo cognitivo depende de aspectos como la luz, los colores, el sonido y el movimiento, que necesitan continuas decodificaciones y permean al sujeto desde lo sensitivo. Por eso la influencia de dichos medios depende en continuos momentos de la autocrítica, del entorno familiar y social de los receptores.

No se puede negar la existencia de otros sistemas semióticos de transmisión de significados, que bien empleados pueden ser igual o más eficaces que los tradicionales. El aprendizaje ideal sería ese donde confluyan los diferentes sistemas, códigos y lenguajes de la era actual. Lo auditivo, lo visual, lo multimedial o lo impreso son solo formas de comunicar, por lo que una no puede sustituir a la otra. A través de la historia muchas herramientas no se han extinguido, sino que se han acomodado según los requerimientos del hombre de cada época.

En definitiva, se requiere un televidente que sea capaz de analizar críticamente la televisión y de otorgar a ésta significados funcionales, según sean sus necesidades. Se puede hablar de funciones de la imagen que son susceptibles de ser leídas, en términos del contexto, la intención y la gramática, La gramática de la imagen hace referencia al conjunto de reglas que definen cuáles son sus elementos constitutivos, como el plano, el ángulo, los movimientos de la cámara, la iluminación o el encuadre, que combinados entre sí, le otorgan un sentido a la imagen para que cumpla con una función, como un conjunto de reglas que facilitan la interpretación y lecturabilidad de la imagen.

Cuando se integra el sonido y la gramática de la imagen se tiene a la vista esa poderosa herramienta del audiovisual, que puede emplearse a favor o en contra y que contiene una extraordinaria capacidad para informar y persuadir, para educar y manipular, para entretener y pervertir, y es ahí donde radica la importancia de alfabetizar en la imagen. Esa pedagogía para leer imágenes no solo se debe aprender en la academia, también en el entorno social y familiar. Debe estar orientada a entregar las competencias críticas a los telespectadores y así lograr prevenir o dismantelar los efectos inconscientes que son los que cumplen las funciones negativas en los audiovisuales. “En esto consiste básicamente la capacidad para leer imágenes, que en el fondo no es otra cosa que eso que suelen llamar actitud crítica frente a la vida”. (Padrón, 1999, s.f.).

6. A manera de conclusión

Resulta pertinente y a la vez responsable compartir algunas recomendaciones que pueden ayudar a enfrentar las problemáticas de la deserción lectora en los jóvenes y a la vez construir eso que se ha denominado una pedagogía de la imagen. Como se trata de una labor destinada a los múltiples agentes que interactúan con los jóvenes, cabe mencionar, al gobierno, a las productoras de televisión, a los padres de familia, a los educadores y todos aquellos convencidos de que a partir de la alfabetización conjunta podemos construir una mejor sociedad.

Las familias pueden empezar por reducir el número de aparatos televisivos en las casas, con uno será suficiente, así se promueve la televisión comentada. Según sea el grado escolar

que cursen los hijos, también se puede disminuir el número de horas frente a la caja mágica. Lo importante es que esos ajustes no se presenten como un castigo sino como una norma de convivencia. En la casa el acto de leer debe convertirse en algo tan normal como el de ver televisión. Es recomendable leer en voz alta y hacerlo en el cuarto, en el comedor, antes de dormir, ese proceso debe darse de manera progresiva y con gusto. Aprovechar los momentos en el transporte o en el restaurante para comentar lo que se lee y lo que se ve en la televisión, otorgar igual atención a los comentarios de los adultos como a los de los menores, propiciar que todos participen en el diálogo.

En cuanto al gobierno, es perentorio exigir una reestructuración en las leyes y normas que rigen la programación y los contenidos televisivos de los canales privados, los horarios de franjas familiares deben ofrecer programas que promuevan valores y la integridad del núcleo de la sociedad. Es urgente una reestructuración en las parrillas de programación y en los formatos que se utilizan, la Agencia Nacional de Televisión (ANTV) debe cumplir un papel más activo como veedor de los derechos de los ciudadanos televidentes.

Los productores, realizadores y propietarios de los canales pueden fomentar una televisión más comunitaria y por ende participativa, donde el televidente opine y ayude a construir los contenidos que se le transmiten, que se promueva más la figura del ciudadano parlante o reportero. Si bien es cierto que los canales privados se mueven por el alto capital que recaudan, esos anunciantes también deben exigir que se publiciten sus productos en franjas que transmitan programas con mayor calidad en cuanto a los contenidos.

Los docentes tenemos la responsabilidad de despertar esas pasiones dormidas de todos esos lectores potenciales con quienes día a día interactuamos, desde las aulas también se puede promover la lectura crítica de la televisión, lanzando a los estudiantes comentarios que susciten reflexiones y cuestionamientos continuos frente a lo que vieron en la pantalla el día anterior.

Con frecuencia, los docentes nos quedamos en una queja repetitiva: los estudiantes no leen. Pero ¿Qué tan buen lector es el profesor para motivar a los demás? ¿Habla con pasión de los textos y de los autores, o más bien los señala con una postura impositiva, más que persuasiva? Es preciso que en esta era, los docentes empleemos el libro y el audiovisual en igualdad de condiciones durante las clases, y que se enseñe a leer los dos códigos de forma simultánea, para que consigamos despertar la pasión por la lectura y el desarrollo del pensamiento crítico. Dos ejes fundamentales para disfrutar las libertades de este mundo multimedial que cada día nos esclaviza con mayor intensidad.

Referencias bibliográficas

- Acedo de Bueno, M. (2010). Algunas recomendaciones para la lectura comprensiva
En: http://buenoacedo.homestead.com/files/Algunas_recomendaciones_para_la_lectura_comprendiva.htm
- Althusser, L. (1969). *Guía para leer el Capital*. Traducción de Darío Daniel Díaz. Buenos aires. Argentina: Trillas.
- Anderson, D. R.; Collins, P. A. (1988). *The Impact on Children's Education: Television influence on cognitive development*. Washington, D. C.: U.S. Department of Education. Office of education Research and improvement.
- Barbero J. M., Muñoz, S. (1992). *Televisión y Melodrama, Géneros y lectura de la telenovela en Colombia*. Bogotá, Colombia. Tercer mundo editores.
- Castillo, M. y Cuberos, F. (2004). Retos del docente de lengua y literatura en la era posmoderna del homo videns. En: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/356/35602503.pdf>
- De la Fuente, S. M. (2007). No es lo mismo ver la televisión que leer un libro.
En: <http://www.paperback.es/articulos/martin/tele.pdf>
- Eco, H. (1982). *“¿El público perjudica a la televisión?”: Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona, España: Gustavo Gili.
- González, R. J. (1988). *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*. Madrid, España: Cátedra.
- Padrón, José. (1990). Leer la imagen: otra forma de alfabetismo.
En: http://padron.entretemas.com/Leer_imagen.htm
- Santos, H. (1978). Editorial. Bogota; Periódico El Tiempo. p. 22.
- Sartory, G. (1998). *La sociedad teledirigida*. México: Tauros.
- Trelease, J. (2008). *Manual de la lectura en voz alta*. Estados Unidos de América: Fundalectura.